

LA ARQUEOLOGÍA DESPUÉS DEL FIN DE LA ARQUEOLOGÍA

Julián M. Ortega Ortega, Carolina Villargordo Ros*

RESUMEN.- El presente artículo examina algunas perspectivas sobre la llamada "teoría arqueológica", especialmente los factores epistemológicos implicados en la definición de la Arqueología como Arqueología. Los autores defienden la idea de que todo intento de definir la Arqueología exclusivamente desde la Epistemología, al margen de la misma práctica arqueológica, implica un proyecto académico específicamente destinado a acotar determinadas áreas y ámbitos de poder académico.

ABSTRACT.- Archaeology after the end of Archaeology. The present article examines several perspectives related with "archaeological theory", in general, and particularly with epistemological factors implicated in the definition of archaeology as archaeology. In the article we claim that every attempt at defining archaeology exclusively from an epistemological perspective, aside from archaeological practice itself, implies a project specifically aimed at protecting some areas and fields of academic power.

PALABRAS CLAVE: Arqueología, Teoría, Epistemología, Cultura, Sociedad.

KEY WORDS: Archaeology, Theory, Epistemology, Culture, Society.

1. INTRODUCCIÓN

"Vistas estas circunstancias, el arqueólogo debería reconocer que su disciplina no es independiente del Discurso Histórico, ni sus problemas diferentes, y que en un momento en el que éste ha entrado en crisis, la arqueología desempeña el papel de presentar como objetos icónicos y bienes de consumo los documentos (pre-)históricos.

Por nuestra parte proponemos que cabe tomar dos actitudes hacia la arqueología. En primer lugar esperar simplemente a que desaparezca como disciplina; esperar que, del mismo modo que nació, muerá esa voluntad de saber que existe en nuestra cultura por justificar en el pasado toda la existencia presente.

En segundo lugar se podría proceder a una redefinición completa de la arqueología. Esta podría ser una especie de teoría general para el estudio de la forma y sentido de la cultura material en cualquier espacio cronológico o geográfico" (Criado 1988: 7).

Si nos permitimos la licencia de iniciar este trabajo citando extensamente a F. Criado es porque creemos que este párrafo sintetiza bastante bien por sí

mismo la situación de la arqueología hispana de fines de siglo y a la vez permite enmarcar adecuadamente las consideraciones que siguen. ¿Fin de la arqueología?, ¿Fin de la historia?, ¿Reformulación teórica del concepto de cultura material?, ¿Reformulación epistemológica del área de conocimiento propia del conocimiento histórico? No sabríamos decir cuántos arqueólogos conocen la dichosa obra de F. Fukuyama, ni cuántos las dichosas respuestas a que aquélla ha dado lugar. Tampoco sabríamos decir si J. Fontana o P. Anderson han pensado alguna vez en los sepulcros y epitafios de la arqueología, lo que sí parece cierto es que la arqueología no puede permitirse el lujo de obviar semejantes problemas. Veamos.

2. SOBRE LA (RE)FORMULACIÓN DEL CONCEPTO DE ARQUEOLOGÍA

La arqueología, por supuesto, no existe; no existe ningún "Área de conocimiento" exclusiva de la arqueología. Ni sus métodos le son propios, ni hay campo teórico alguno que pueda adjudicarse para sí sin entrar en disputa con otras disciplinas. La única

* Seminario de Arqueología y Etnología de Teruel. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de Teruel. Campus Universitario, s/n. 44071 Teruel.

arqueología que existe es la que aparece en publicaciones cuyo título entra en el campo semántico de tal denominación o la generada a partir de la práctica social de aquellos que se autodenominan arqueólogos (lo mismo ocurre con otras disciplinas y subdisciplinas, evidentemente, Juliá 1989: 67). Se trata, pues, de un resultado, no de una premisa. Sus límites son los que los procesos de trabajo de estos arqueólogos fabrican publicación tras publicación, los que se generan tras los pactos o luchas que unen o enfrentan a la arqueología con otras perspectivas, dentro o fuera de la misma disciplina arqueológica, y con otros profesionales.

¿Por qué, entonces, los arqueólogos sienten la necesidad de definir, catalogar y etiquetar lo que hacen? ¿Por qué este empeño en “teorizar” acerca de un conjunto de conocimientos autónomos, propios de la arqueología? ¿Por qué los intentos de acotar una “arqueología como arqueología”, es decir dotar de justificación abstracta y trascendente a la fragmentación del saber y a su institucionalización política como disciplina académica autónoma frente, por ejemplo, a la Prehistoria, a la Historia del Arte o a las “ciencias auxiliares”? Posiblemente porque detrás del intento de definir o delimitar conceptualmente la arqueología sólo existe la voluntad de enmascarar luchas y alianzas que van más allá de lo científico (más allá de la noción de lo científico que instaura la propia Academia, deberíamos decir), ligadas, por lo general, a políticas de departamentos universitarios o en torno a las partidas presupuestarias que las instituciones de investigación y gestión están en disposición de controlar. Para ilustrarlo tal vez basten estos dos irónicos — por fondo y forma — ejemplos:

“Todavía a finales de 1987, y en los novísimos planes de estudios de la Facultad de Letras de la Universidad de Zaragoza, le ha sido rechazado al Departamento de Historia Medieval un curso de doctorado que se titulaba ‘Arqueología Medieval en Aragón’, por estimar que dicha disciplina correspondía a otra área de conocimiento: el problema se solucionó cambiando el término ‘Arqueología Medieval’ por ‘Cultura Material en la Edad Media’, manteniendo intactos los contenidos del programa, ¡y se aprobó!” (Corral 1990: 311).

Que puede compararse con este otro:

“No podemos seguir colocando las direcciones de excavación en zonas arqueológicas delicadas, como por desgracia viene ocurriendo repetidamente, en manos ajenas a la arqueología, por mucha que sea su vinculación al campo de lo medieval. Indefectiblemente, actos de esa especie, salvando las naturales excepciones, redundan en una pérdida de información histórica o en la simple destrucción de yacimientos con el visto bueno, y la plena inconsciencia — o consciencia —, de la Administración. Es como colocar a una persona enferma, aquejada de una grave enfermedad, en manos de un veterinario” (Valdés 1992: 310).

El primer texto es de José Luis Corral, profesor del Departamento de Historia Medieval de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, el segundo, de Fernando Valdés, profesor del

Departamento de Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid. Sobran, nos parece, más comentarios.

La constitución del objeto natural de trabajo de la arqueología medieval se fórmula, por supuesto, con mecanismos semejantes a los que podría darse para definir el área de estudio de la arqueología en general. Aquí entra en juego el concepto de *Cultura Material*.

3. DEL CONCEPTO DE “CULTURA MATERIAL”...

Parece claro que los orígenes más o menos sistematizados del concepto de *Cultura Material* podrían buscarse a lo largo de la obra de W. Kula. Así lo pensaba el arqueólogo marxista italiano A. Carandini y así lo recogió en un libro que reunía diversos trabajos y artículos suyos precisamente bajo el título *Arqueología y cultura material* (1984: 78-82). Bien separada de la Historia de las Ciencias, como historia del pensamiento científico, y de la Historia de las Técnicas, como historia de las ciencias técnicas, la Historia de la Cultura Material se revelaba precisamente como la historia de los procesos de producción y consumo, parte fundamental, como aquellas, de la Historia Económica. No es de extrañar que fuera precisamente W. Kula el “padre” del concepto, tal y como lo conocen hoy muchos arqueólogos. Desde 1953 existía en Polonia una *Revista de Historia de la Cultura Material* y un Instituto de Historia de la Cultura Material. A partir de aquí la arqueología pudo reclamar para sí un papel paralelo al de los historiadores que trabajaban a partir de la documentación escrita.

Superando los conceptos decimonónicos de arqueología, primero como ilustradora gráfica del anticuarismo y de la Historia de las Artes (menores) y, después, como disciplina auxiliar de la Historia, el concepto de *Cultura Material* permitía a los arqueólogos reivindicar un espacio en las universidades y centros de investigación europeos: En Francia eran los tiempos de la segunda generación de *Annales*, cuyo eclecticismo y gusto por la innovación, viniera de donde viniera, no podía por menos que aprobar y aplaudir la idea.

Entre los arqueólogos de la Península Ibérica, la cuestión no ha sido asumida hasta fechas muy recientes y desde luego de forma muy limitada, quizás por la fuerte impronta marxista que parecía derivarse de la propuesta. En todo caso, la teorización del “concepto de producto en arqueología”, promovida por A. Ruiz y otros (1986) terminaba de cambiar las cosas. Superando las nociones de artefacto defendidas por el neopositivismo funcionalista hempeliano, fomentadas por la todavía dominante *New Archaeology* norteamericana, la teoría del producto hacía que la arqueología se configurara, al igual que el documenta-

lismo, como un método de investigación destinado a producir conocimientos históricos. La Historia dejaba de ser así patrimonio exclusivo de los historiadores.

Sin embargo, no hace mucho, M. Barceló (1992) ha realizado algunas observaciones de interés sobre este tema, al desacreditar la institucionalización y la validez de la noción de *Cultura Material*. Sus consideraciones son simples. Esta noción entra dentro del discurso de las infinitas oposiciones que desde el platonismo al estructuralismo tienden a instituir y legitimar una oposición abierta entre el inmutable mundo de las ideas y el cambiante mundo de la materia. Una visión idealista de la realidad que la generalidad del discurso arqueológico sigue sancionando sin que nadie parezca molesto con su modo de empleo. Pocos arqueólogos, pocos documentalistas, pocos antropólogos estarían dispuestos a negar la existencia separada de dos ámbitos, relacionados pero definibles de forma autónoma, que distinguen la *Cultura Material* de la *Cultura No-Material*. Esta distinción es tanto más querida por la arqueología cuanto le ha servido para definir dentro de la antropología un campo de estudio propio que permitía, animaba y legitimaba la formación de una disciplina propia, es decir, un ámbito de poder desde el que controlar y gestionar una serie de recursos, presupuestos, becas, etc.

También dentro de la historia este concepto permitía una separación más o menos clara de la tradicional historia cultural o de las ideas (actualmente "historia de las mentalidades"), cuyo objetivo era similar: crear una disciplina autónoma, un área de conocimiento específica, propia e intransferible. Esta disciplina se centraba exclusivamente en el reflejo "material" de la cultura de las ideas, de las mentalidades, de la cultura "a secas", que, por pertenecer a ese mundo platónico de las ideas, puede anunciarse sin apelativo alguno. La *Cultura No-Material*, es decir, la cultura "a secas" es la *cultura en sí*, es la cultura propiamente dicha, La Cultura. La otra debe ser especificada, tachada y marcada con el injurioso apelativo de "material" (sobre las diatribas de la Cultura, ver Bueno 1996). No es extraño, pues, que tradicionalmente esta cultura material haya sido siempre infravalorada por los discursos más reaccionarios que la veían sólo como una ilustración, como una simple prueba para los espíritus más racionalistas de que la cultura ideal, La Cultura, existía. Aquella es un simple reflejo recorrido por el cambio y la variedad de la materia a la que es ajena la verdadera cultura, una cultura única e inmutable.

4. ...A LA GUERRA CONCEPTUAL

Por lo que parece, la arqueología, en último término, podría no ser más que un género literario particular dotado de ciertos protocolos de enunciación y

de cierto código de lectura que la hacen identificable. Estos códigos, estas estrategias especificadoras ayudan, mediante su aprendizaje, a mantener la ilusión de que detrás hay algo más, de que existe algo que mantiene todo el edificio, pero que no es posible observar a simple vista. Crea por lo tanto la ilusión de que es necesaria una epistemología y una teoría científica neutral sobre el propio contenido de la disciplina, cuya primera función en realidad no es otra que la de generar un discurso autoclasificador que permita la mejor ordenación del mundo académico en el dócil entramado disciplinar de las áreas de conocimiento. Por lo tanto, lo único que convertiría a la arqueología en una ciencia es la aplicación de una serie cerrada de categorías de normalización. Resulta, pues, un tanto absurdo asistir a los ejercicios de algunos gerontócratas por intentar definir de forma "objetiva" los límites de la disciplina arqueológica (como la necesidad de una "Teoría de la arqueología" de Hodder 1988). Intentar establecer criterios "objetivos" del núcleo sobre el que trabaja una disciplina, no puede ser observado más que como la voluntad de enmascarar ideológicamente la pugna real, la competencia perenne entre "áreas de conocimiento" por los posibles recursos asignados desde la administración estatal o desde el mecenazgo privado a un objeto de estudio. Para el arqueólogo, el desarrollo de su actividad científica impide la aparición en su utillaje conceptual de cualquier noción no-arqueológica.

Se trata de reforzar continuamente "lo arqueológico", de demostrar constantemente la legitimidad de su discurso y la naturalidad de su institucionalización. Es por ello que el esfuerzo intelectual de los ideólogos de la arqueología se encamina fundamentalmente por dos vías paralelas: expandir el campo conceptual de la arqueología en pugna con otros campos del saber como la historia del arte, la antropología o la geografía, por ejemplo, y, a la vez, convertir el utillaje desarrollado en otros campos en un instrumental teórico propiamente "arqueológico". Se produce así un proceso de asimilación y reconversión conceptual de nociones procedentes de otros campos a las que, tras las readaptaciones técnicas necesarias, basta con añadir el marchamo de "arqueológicas" para pasar a formar parte del bagaje teórico de la arqueología. No se habla, por ejemplo, de geografía histórica elaborada a partir de fuentes arqueológicas, se habla de "Arqueología Espacial". Lo mismo ocurre con "Etnoarqueología", "Geoarqueología", "Arqueología de la Arquitectura", etc. El efecto de este procedimiento es sencillo: plantear la especificidad y la autonomía conceptual de la arqueología, demostrando paralelamente la ausencia de especificidad conceptual de las otras disciplinas. Ya que los conceptos empleados por estas otras disciplinas son aplicables al campo del saber arqueológico, se demuestra que no hay nada en estos conceptos que los haga específicamente an-

tropológicos o geográficos, por ejemplo. Ya que estos conceptos son perfectamente funcionales dentro de la arqueología, queda claro que pueden ser designados con el marchamo de "arqueológicos", lo cual obviamente redundará en provecho de la legitimación de la arqueología como realidad científica autónoma. La epistemología se transforma así en el arma de esta lucha conceptual fronteriza con el resto de disciplinas. Evidentemente, la cuestión no es diferente para las epistemologías de esas otras disciplinas. De ahí que, en esa cierta medida que comentábamos anteriormente, "arqueología" sea todo aquello que los arqueólogos quieren que sea (y que el resto de disciplinas les permiten que sea, deberíamos añadir ahora).

5. **SABES DEMASIADO: ESPEJISMOS EPISTEMOLÓGICOS, HIPERPRODUCCIÓN TEXTUAL Y CIRCUITOS CERRADOS DE INFORMACIÓN**

Como en una mala película de *gangsters*, todo el que sabe demasiado muere. "La ciencia, por lo sofisticado de su investigación, aniquila su objeto: se ve forzada, para sobrevivir, a reproducirlo artificialmente como modelo de simulación" (Baudrillard 1988: 73). Frente a la creencia en el objeto de conocimiento privilegiado, trascendente, fetiche que asegura la tranquilidad, que otorga un horizonte de actuación, un punto fijo, un mecanismo de valoración, un centro a y la vez una frontera de las disciplinas científicas, se alza otra sospecha, la que pesa sobre los canales, las vías y las autopistas de la información. Canales de información en circuito cerrado, redundantes, que aseguran que la producción de saber médico sea exclusivamente consumida por los médicos, que la producción de saber jurídico sea tan sólo deglutida por abogados y, por supuesto, que la producción de saber arqueológico sea tan sólo masticada por arqueólogos. "Como sabemos, el discurso de los publicitarios sirve inicialmente para los propios publicitarios, y nada nos asegura que el actual discurso sobre la informática y la comunicación no sirva exclusivamente a los profesionales de la comunicación (el discurso de los intelectuales y los sociólogos plantea, así mismo, idéntico problema)" (Baudrillard 1988: 12).

En la lógica de la verborrea y de los protocolos de enunciación de cada disciplina se construyen las paredes del canal que impide la dispersión de información, la frontera que impide que la información pase de un dominio disciplinar a otro, de una esfera a otra. Estos mecanismos, los congresos, las citas de autores a pie de página y los demás rituales académicos de cohesión social, la relación entre profesor y alumno; las revistas especializadas, todos ellos son

los espejos en los que se fabrica la identidad disciplinada de la disciplina científica, son los recursos para crear una arqueología idéntica a sí misma, los mecanismos que fabrican la sugestión de que existe algo parecido a "una" arqueología que hay que definir, acotar, delimitar y domesticar epistemológicamente.

Es ese circuito orbital de la repetición el que crea identidad, el que crea el espejismo epistemológico, un espejismo que se diseña como una verdadera "microfísica del poder" (Foucault 1979; Poster 1980), precisamente porque en este circuito los canales se activan a partir de focos de emisión privilegiados, donde el principio de autoridad continúa vertebrando el discurso (Bourdieu 1984).

No se difunde el argumento más racional, como la misma academia pretende, se difunde el argumento del que está en condiciones de emitir los argumentos más racionales, es decir más poderosos, desde una cátedra, una prestigiosa editorial, mediante ruedas de prensa, etc. ¿El contenido es absolutamente superfluo? Ciertamente no. Pero, nada asegura *a priori* que el contenido asegure *per se* su difusión. Sólo después de su confrontación con el resto de discursos, únicamente después de la tensión de argumentos y la lucha de discursos es posible determinar qué contenido es superfluo (el/los derrotado/s) y cuál digno de mérito (el/los vencedor/es). Pero, puesto que no todos los argumentos, ni sus contenidos compiten en plano de igualdad, frente a lo que pretende el neutralismo del discurso académico, uno más entre todos los que verdaderamente han vencido, lo cierto es que, a la postre, "La razón científica no es cuestionada de acuerdo con el criterio de lo verdadero o de lo falso (cognoscitivo), sobre el eje mensaje/referente, sino en virtud de la performatividad de sus enunciados, sobre el eje destinador/destinatario (pragmático). Lo que yo digo es más verdadero que lo que tú dices porque con lo que yo digo puedo "hacer más" (ganar más tiempo, llegar más lejos) que tú con lo que dices. Una consecuencia trivial de este desplazamiento es que el laboratorio mejor equipado tiene mejores posibilidades de tener razón. ¿La razón verdadera es entonces la razón del más fuerte?" (Lyotard 1990: 75).

La connivencia entre políticos y *mass media* juega, pues, en nuestra contra y hace que las propuestas aquí planteadas se vean desde luego abocadas al más evidente de los fracasos: la democratización de la información, que no de la cultura, se inscribe así en una estrategia de desinformación. La multiplicación de los discursos conduce a la confusión, se anula así el sentido crítico, la capacidad de discernir, de diferenciar lo valioso y significativo del detritus. Ante esto, los receptores elaboran, elaboramos, eso creen y creemos, una estrategia de defensa: la especialización. Pero la especialización no es más que una segmentación de las vías de difusión de la información, no es

más que la creación de nuevos circuitos cerrados de información. ¿No se trata pues aquello que apostillaba J.J. Rousseau: “Me explicaré, pero será la tarea más sutil y superflua, ya que todo lo que os diré sólo será escuchado por aquellos a quienes no tengo necesidad de decírselo” (cit. en Clastres 1981: 155). Así es como funciona la sociedad y la cultura de la (des)información que los inmensos archivos de los microchips informáticos se encargan de sintetizar. El desarrollo de los sistemas de información es precisamente la evolución hacia la máxima capacidad de memoria en el mínimo espacio posible. Densidad. Saturar al mínimo costo. El saber sí ocupa lugar. Hay que saber, pues, lo justo para no morir, para no sucumbir al vértigo del conocimiento. Tarea imposible en la medida que el adversario es el poder. Así opera el poder, así se derrota el pensamiento (Finkielkraut 1987), mediante la hiperproducción de mensajes, mediante la narcosis informativa, de la saturación de mensajes, de la confusión y del caos. Aquí el nihilismo, una salida virtual, la del *radical chic*, es sólo un privilegio para los que ya disfrutaban de privilegios... (Vicent 1990).

En el otro extremo está el cliché, el tópico informativo y explicativo, el “-ismo”, aquello que “... podríamos llamar *reflexionismo*, es un procedimiento mediante el cual se encorsetan las diversas teorías y, en ocasiones *tonteorías*, dentro de una normativa, sistematizada o no, de *ismos* archiconocidos (relativismo, funcionalismo, positivismo, estructuralismo, etc.) que funcionan como archivos “comecocos” diferenciados. Este proceso tiene la enorme ventaja de prescindir de la historia (los *ismos* pueden atravesarla cómodamente a gusto del investigador...) (Lull 1991: 231; cursivas en el texto). Sintetizados en clichés con supuestos objetos trascendentales de conocimiento, los “-ismos” funcionan como un tópico, un estereotipo redundante con el que pretendemos organizar de forma aproximadamente sistemática el caos generado por la hiperproducción de mensajes, propuestas, artículos, mítines, anuncios, discursos, libros, folletos, etc. El “-ismo” clasifica este marasmo con mecanismos discursivos prefabricados que aportan un poco de identidad a nuestra conciencia esquizoide de científicos, habitantes de una torre de marfil en un mundo de torres de marfil construidas a base de mensajes. La anulación del pensamiento crítico opera precisamente en la distancia que va del caos a la teoría, de la hiperproducción informativa al cliché del “-ismo”. Ese es el campo de la lucha; y ese campo se construye aquí y ahora.

6. LOS DATOS Y LA MATERIA PRIMA

Todo en arqueología es, pues, presente: sus prácticas, sus discursos, su específica utilización de la

terminología, incluso los “datos”, formalizados como tales, lo son. Resulta evidente que el concepto de “dato arqueológico” no tiene nada de natural, ni de inocente. Lejos de ello, la función del concepto de “dato arqueológico” es la de acotar aquello que el conjunto de una élite de especialistas considera como la materia prima del proceso de producción cultural de uno de los grupos de intelectuales autodenominados arqueólogos. En sentido estricto, el dato arqueológico, como en general la arqueología, no existe: se trabaja, se produce pero jamás se agota; se construye, se critica, se deconstruye, se reconstruye, pero jamás se consume. Por ello, cualquier teoría realista y representativa del dato en arqueología al modo de la positivista y la defendida por cierto sector materialista ha de verse abocada a la condena más indulgente de pasar por una *supina ingenuidad* (Rorty 1996). El discurso histórico como representación de la Historia. La Historiografía como Verdad de la Historia, como forma de representar, de traer al presente, el pasado. La Verdad como adecuación entre el discurso del historiador y la realidad del pasado. En realidad, lo único que esconde semejante pretensión no es decir la “Verdad”, sino, en el sentido que le da P. Bourdieu (1997), decir la verdad sobre las disputas por establecer la verdad sobre el mundo social (sobre este punto, Rodríguez 1993: 13).

La pretensión de reconstruir la historia es solamente uno de los vectores de las tensiones sociales que el discurso histórico debe reflejar. Al fin y al cabo, el historiador no puede hacer otra cosa. No hace falta ser muy experto para saber que en toda excavación la sospecha de estar destruyendo de forma sistemática grandes potenciales de información para cuyo análisis el actual desarrollo de nuestros conocimientos no proporciona tratamiento adecuado está siempre presente. A más de un positivista le hubiera convenido más invertir las grandes cantidades de energía científica dedicadas a la constatación de registro arqueométrico riguroso de los yacimientos en un poco de imaginación para alcanzar alguna conclusión en este punto. De hecho, cuanto más exquisita suele ser la “reconstrucción” de la “realidad arqueológica”, más concienzuda es también la destrucción de otros aspectos aún no bien delimitados de esta “realidad”.

La cuestión ya fue planteada hace tiempo por E.H. Carr (1984: 13ss.). La construcción del dato arqueológico e histórico se realiza fundamentalmente mediante un proceso de selección. Sin esta operación selectiva el dato no existe. Aun siendo este el gran miedo, el terror omnipresente del arqueólogo positivista —la destrucción de información—, su gran error ha sido situarse de continuo más allá del tiempo y considerar que con la *New Archaeology* la arqueología estaba, por fin, consumada, atada y bien atada. No existía dato que la arqueología positivista no fuera capaz de capturar. Esto, en realidad, fue cierto en el desarrollo histó-

rico del pensamiento y el método arqueológico. La *New Archaeology* respondía rigurosamente a las preguntas que todo arqueólogo de posguerra era capaz de hacerse. El problema, su gran problema, fue considerar que todas las preguntas estaban por fin establecidas.

Cuando, hace casi dos decenios, algunos arqueólogos rompieron definitivamente ese círculo vicioso que la *New Archaeology* establecía entre el problema y el dato, entre hipótesis y registro, proponiendo nuevos interrogantes, la crisis sobrevino y el estatuto del dato debió necesariamente reelaborarse. Las elecciones de los historiadores también están históricamente determinadas. Ciertamente, no hemos salido aun del estado de *shock* que esta situación trajo consigo, aunque con el paso del tiempo se están alcanzando algunas conclusiones notables combinadas a veces con ambigüedades igualmente notables, incluso entre las filas del post-procesualismo más lúcido. Este es el caso, por ejemplo, de C. Tilley (1990) al considerar, en torno a este problema, que, si bien el significado del registro arqueológico se elabora totalmente en el presente, los datos imponen a su interpretación una "resistencia", unos límites a tal interpretación. No se puede estar más de acuerdo con la primera parte de su argumento, como no se puede estar más en desacuerdo con la segunda parte de su razonamiento. El argumento tiene, por supuesto, el objetivo de salvaguardar, siquiera bajo mínimos, la integridad epistemológica del dato. Los datos no son algo exterior al significado y a la interpretación, es ésta la que impone sus propios límites, no los datos. Es la propia coherencia, son las propias condiciones de posibilidad de elaborar el discurso las que imponen límites a lo decible por una interpretación del dato arqueológico. El dato no es una forma del pasado, al modo de las categorías kantianas, dispuesta a ser "rellenada" en el presente. El dato, como dato, es tan presente como los problemas que plantea y las respuestas que genera.

Pero tampoco la idea de la selección de datos de E.H. Carr es la solución al dilema. ¿Elección?, ¿Selección? Nueva trampa: desplazar la cuestión desde el objeto (Historia/Arqueología) al sujeto (historiador/arqueólogo) y legitimar a la vez semejante oposición. Considerar que el historiador, en tanto que autor y sujeto, puede tomar una determinación, puede arrojarse la potestad de la elección, puede optar, seleccionar o escoger los datos como materia prima de su trabajo. Abordar así la cuestión puede suponer, en primer lugar, afirmar que los arqueólogos plantean elecciones sobre los factores básicos que permiten interpretar, analizar y estudiar el mundo, la vida o la sociedad, supone por tanto afirmar que el historiador opera seleccionando elementos constitutivos de la realidad y, a la vez, que no todos los historiadores seleccionan los mismos elementos. Este hecho tiene una importancia crucial en la medida que, aparentemente, tales elemen-

tos no son para el historiador algo dado, espontáneo o impuesto, en teoría es el resultado de una búsqueda.

Búsqueda, elección, opción, seleccionar, escoger... todos los términos proyectan una misma imagen, la imagen de la libertad del historiador en cuanto autor y sujeto soberano, capaz de discernir especulativamente y optar en la praxis por un elemento clave en la comprensión del presente y del pasado, es decir de la realidad. No puede decirse que afirmar esto sea afirmar poco y que plantear así la cuestión sea plantearla en términos neutrales o inocentes. Por contra, en la base de esta mínima reflexión subyace la sospecha de que, frente a esta visión, el arqueólogo y el historiador no es el sujeto soberano que en relación a su objeto de trabajo, efectúa una elección de la materia prima, las técnicas y las condiciones de este trabajo. Efectivamente, todo anima a pensar que cuando se enfrenta a su tarea el historiador/arqueólogo no disfruta de unas condiciones de partida neutras. No trabaja en el vacío, ni al margen de su mundo, su formación, su sociedad y su vida. Evitar por lo tanto la unidireccionalidad de la cuestión es preguntarse a la vez y de forma recíproca cuáles son las determinaciones que influyen en el historiador cuando ha de efectuar su elección sobre los vectores para la reconstrucción histórica.

A partir de este esquema conceptual, es posible enfocar la cuestión con algo más de claridad. ¿La razón? Sencilla: lo único que hemos hecho ha sido renunciar a elaborar una contestación puramente epistemológica. Situar la contestación en un nivel estrictamente epistemológico supondría ya de por sí eliminar cualquier género de responsabilidad para el historiador. Es por lo tanto imposible avalar la contestación en alguna suerte de abstracción filosófica en la que delegar la solución de la cuestión, ya sea la del objeto, ya sea la del sujeto. Nada existe más allá de los discursos del historiador que fundamente la "verdad" de los discursos sobre el pasado. La filosofía, como reflexión esencialmente universal, responde a una parcelación del saber estrictamente ahistórica y en algunas ocasiones estrictamente anti-histórica. Inútil resulta llamar a las puertas de la epistemología en busca de una contestación. Ella no puede decirnos qué determinaciones debemos elegir para la reconstrucción del pasado.

Y, sin embargo, sabemos que el dato que hemos exhumado en una excavación arqueológica o en una prospección de superficie dista de nosotros más de 3.000 años. ¿Cómo se explica esto? El pasado es un tiempo tan presente como el que ha generado el dato. Entonces, ¿el tiempo no existe? No como sucesión lineal. La historia es precisamente un mecanismo de legitimación de la noción de pasado. Así la historia no es reescribir el pasado, sino inventarlo, inventar el tiempo occidental como sucesión lineal y homogénea que sitúa en el mismo plano al presente respecto del pasado. Así, la historia, como la arqueología, permite

reconocemos en el pasado, creando un concepto que, a la vez, se aleja del presente y se acerca a él. Entonces, ¿cómo resolver el enigma?

Sabemos, a pesar de todo, que una pieza de cerámica tartésica y un televisor en color no pertenecen a la misma fracción de tiempo, no se han generado a la vez, ¿Qué hay, entonces, entre uno y otro? Si contestamos que no lo sabemos, no habremos avanzado mucho. Si contestamos que no existe nada, el estatus de la historia queda afectado seriamente por un escepticismo inmovilista y reaccionario. Existe, sin embargo, una solución intermedia, peligrosa como todas las soluciones de consenso, pero factible. Se puede plantear: la historia, simplemente, no es una cuestión que atañea a la noción de tiempo. Al igual que la historia es —debe ser— lo inverso y lo contrario de la metafísica, la historia no sólo es lo contrario del tiempo, sino también su inverso. No basta con oponer dos conceptos, es necesario a la vez darle la vuelta a la relación que existe entre ambos. Invertir la dialéctica es la única forma de dotar a la historia de una autonomía lo suficientemente amplia como para no reducirla a la nada. Sólo así dejará el tiempo de ser una premisa para el historiador, una premisa salida de la metafísica, para convertirse en una consecuencia, ya no filosófica, sino específicamente histórica, es decir, *producida* por una práctica social concreta, la de “escribir historia”. Establecer una dialéctica neta entre historia y tiempo e invertirla a la vez es la única forma de “producir tiempo”. Sólo así la historia puede dejar de partir de nociones ajenas a su labor. Se trata de que la historia deje de legitimar filosóficamente la noción de tiempo para pasar a producirlo históricamente (Foucault 1979: 22).

7. POR FIN

Será cuestión de empezar a hablar claro. Liberados de la tentación de situar nuestra respuesta en un plano estrictamente epistemológico queda claro que ésta debe quedar en el plano del discurso histórico, y si esto es así, dentro pues de una teoría, una teoría que afecte no sólo a la “reconstrucción histórica”, sino sobre todo al propio discurso histórico. Por lo tanto, sí, y sólo sí, “... las teorías deben valorarse por sus usos sociales” (Casanova 1991: 148), la cuestión comienza a despejarse poco a poco. Las determinaciones a tomar deben elegirse a la luz de lo que puedan hacer, de sus usos sociales. El uso social no solamente permite valorar la validez de las conjeturas que realizamos sobre el pasado, debe permitir en primer lugar valorar las elecciones que el historiador y el arqueólogo efectúan cuando se enfrentan a su tarea, incluida la que seguramente es más básica, en la medida que estructura cualquier discurso histórico, la de los vectores que in-

forman las conjeturas realizadas (Lorenzo 1995).

No rehuyamos más la cuestión ¿De qué vectores hay que partir? La respuesta es obvia: de aquellos que manifiesten un interés social más evidente ¿Evidente? ¿Caeremos ahora en una nueva tentación filosófica? Dios, Estado, Verdad, Bien, Justicia, Progreso están esperando a que los invoquemos como fiel de la balanza de nuestra elección (p.e. Ruiz Zapatero 1990). La Filosofía también aguarda que los confundamos con esos “usos sociales evidentes”. No. Evitar esta segunda tentación es también posible siguiendo la misma senda: no invocaremos a la Verdad, al Bien, al Progreso como coartada para hacer y decir del pasado, invocaremos a la historia contra Dios, Estado, Verdad, Bien, Justicia, Progreso. Ese es el uso social de cualquier historia: acabar con la metafísica y con cualquier aspiración de universalidad, infinitud y generalidad (Querol 1992).

De todo lo anterior se deduce que las determinaciones que el arqueólogo y el historiador deben tomar como vectores para la elaboración de sus discursos dependen precisamente de las implicaciones que su elección conlleve. Podríamos detenernos en comentar las implicaciones de tipo historiográfico de cualquier elección. Podríamos hablar de élites, batallas e historicismos, de organización de relaciones sociales de producción, lucha de clases y materialismo histórico, podríamos hablar de estructuras mentales, cultura y estructuralismo, de demografía, clima y *Annales*. Podríamos efectivamente reducir la cuestión al tema de las implicaciones historiográficas. Sería, de nuevo, lo más cómodo. Pensar que las opciones que tomemos se quedan ahí, en un mero debate de eruditos que, aferrados a su verborrea, construyen mundos paralelos, sin demasiada conexión con este mundo, esta sociedad y esta vida. Y tal vez sea así. La práctica social de la historia y de la arqueología parece tener una incidencia directa en las prácticas cotidianas de la sociedad verdaderamente mínima. En cualquier caso, la historia, por mor de la división social del trabajo, la diseña la sociedad misma y la fabrican los historiadores: en ese trecho que va de la sociedad a los historiadores como grupo social está el margen y el abismo que separa una historia con implicaciones puramente historiográficas de un discurso histórico con implicaciones directas e inmediatamente sociales.

Teruel, enero de 1998

AGRADECIMIENTOS

Las observaciones de F. Burillo, F. Criado, V.M. Fernández Martínez y G. Ruiz Zapatero han ayudado a mejorar el original. Huelga decir, pues, que todos los errores son de nuestra exclusiva responsabilidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, P. (1996): *Los fines de la historia*. Crítica, Barcelona.
- BARCELÓ, M. (1992): Quina arqueologia per al-Andalus? *Coloquio Hispano-italiano de Arqueología*, Granada: 243-252.
- BAUDRILLARD, J. (1988): *El Otro por sí mismo*. Anthropos, Barcelona.
- BOURDIEU, P. (1984): *Homo Academicus*. Les Editions de Minuit, París.
- BOURDIEU, P. (1997): *Razones prácticas*. Anagrama, Barcelona.
- BUENO, G. (1996): *El mito de la cultura*. Prensas Ibéricas, Barcelona.
- CARANDINI, A. (1984): *Arqueología y cultura material*. Mitre, Barcelona.
- CARR, E.H. (1984): *¿Qué es la historia?* Ariel, Barcelona.
- CASANOVA, J. (1991): *La historia social y los historiadores*. Crítica, Barcelona.
- CLASTRES, P. (1981): *Investigaciones en antropología política*. Gedisa, Barcelona.
- CORRAL, J.L. (1990): Arqueología medieval e industrial en Aragón. *Estado actual de la arqueología en Aragón*, I, Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 309-322.
- CRIADO, F. (1988): ¿Qué es un arqueólogo?, Qué es la arqueología. *Revista de Arqueología*, 82: 5-7.
- FINKIELKRAUT, A. (1987): *La derrota del pensamiento*. Anagrama, Barcelona.
- FONTANA, J. (1992): *La Historia después del fin de la Historia*. Crítica, Barcelona.
- FOUCAULT, M. (1979): *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid.
- HODDER, I. (1988): *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Crítica, Barcelona.
- JULIÁ, S. (1989): *Historia social/Sociología histórica*. Siglo XXI, Madrid.
- LORENZO, J.M.^a. (1995): Noves formes de divulgació i utilitat social de la història. *Taller d'Història*, 6: 51-60.
- LULL, V. (1991): La prehistoria de la teoría arqueológica en el Estado español. *Nuevas tendencias. Arqueología* (A. Vila, coord.), C.S.I.C., Madrid: 231-251.
- LYOTARD, J.-Fr. (1990): *La postmodernidad (explicada a los niños)*. Gedisa, Barcelona.
- POSTER, M. (1987): *Foucault, el marxismo y la historia*. Paidós, Barcelona.
- QUEROL, M.^a.A. (1992): Objetividad y totalidad: nuestras más queridas falacias. *Reunión de Arqueología Teórica*, Santiago de Compostela: s.p.
- RODRÍGUEZ, J. (1993): Introducción a la antropología general de Pierre Bourdieu. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XLVIII/1: 7-46.
- RORTY, E. (1996): *Objetividad, relatividad y verdad*. Paidós, Barcelona.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M.; NOCETE, F.; CASTRO, M. (1986): Concepto de producto en arqueología. *Arqueología Espacial*, 7: 63-80.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1990): Arqueología y discurso político: el pasado como arma. *Arquítica*, 8: 12-13.
- TILLEY, C. (1990): Constituint una Arqueologia Social: un projecte modernista. *El canvi cultural a la Prehistoria* (J. Anfruns y E. Llobet, eds.), Columna, Barcelona: 17-44.
- VALDÉS FERNÁNDEZ, F. (1992): Arqueología medieval/arqueología islámica: un estado de la cuestión. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 30/31: 303-311.
- VICENT, J.M. (1990): El debat post-processual: algunes observacions 'radicals' sobre una arqueologia 'conservadora'. *Cota Zero*, 1: 102-107.